



PROGRAMA TU *Riqueza*

Aprende cómo lograr alcanzar tus
objetivos con 12 sencillos pasos

LIBERA LAS CREENCIAS, BLOQUEOS
Y CARGAS INCONSCIENTES
QUE TE FRENAN

PABLO
Vallarino

E-BOOK

CREO EN TI

Con esas tres palabras inicio este libro. No por capricho, sino por convicción. Creo en que vas a lograr alcanzar tu máximo potencial si aplicas cada uno de los principios a tu vida. Creo que lograrás todo lo que desees, si eres capaz de comprometerte con el proceso. Creo en un mundo mejor y en la inteligencia humana. Creo en la capacidad de transformación de cada ser humano.

El Dr. Thurman Fleet dijo “*Somos seres espirituales, dotados de un intelecto, habitando cuerpos físicos*”. Esa breve frase resume todo lo que en realidad somos. El problema, el gran problema, es que nos pasamos los primeros 17 años de nuestra vida absorbiendo información que nos programa para sacrificar el resto de nuestra vida. Una verdadera lástima, un desperdicio.

Fuimos programados sin haberlo solicitado. Estamos condicionados por el lugar donde nacimos. Vivimos con las creencias de nuestros vínculos y ellos, con las de sus vínculos. En definitiva, somos pequeños seres primitivos convencidos de que hacemos lo que debemos hacer para vivir plenamente y, en realidad, nos pasamos nuestra vida sobreviviendo.

“*Si usted planea ser cualquier cosa menor de lo que es capaz de ser, probablemente será infeliz todos los días de su vida*”. La frase le pertenece al estadounidense Abraham Maslow, fundador de la psicología humanista. Confieso que la primera vez que la leí me hizo explotar la cabeza, porque me dio la oportunidad de entender algo que el común de los seres humanos pasa por alto.

Y tú, ¿de que eres capaz? ¿Acaso alguna vez te diste el tiempo para creer en ti? Hace aproximadamente 20 años, a los 21, todas mis creencias se encontraban en jaque. Mis días eran bastante similares unos de otros y si bien había encontrado la forma de generar algo de dinero, no era feliz y mucho menos me sentía realizado. No tenía claro por donde comenzar.

Tampoco conocía a nadie que pudiera ayudarme o siquiera que me comprendiera. Mis vínculos más cercanos hacían lo mismo que yo. A diario se despertaban y hacían lo que tenían que hacer: trabajar duro y luchar para sobrevivir en un mundo complejo. No tenía idea de lo que buscaba y tampoco sabía dónde estaba parado. No tenía consciencia de quién era ni qué quería.

No sé por qué fue, pero por algo termine leyendo la Biblia. Luego de eso, leí un famoso libro llamado *Piense y Hágase Rico*, de Napoleón Hill, y ambas lecturas generaron un gran impacto en mi vida. Fueron momentos duros. En primer lugar, me llevaron a pararme frente al espejo y cuestionar mi propia existencia. ¿Quién era? ¿Qué quería? ¿Cómo lo quería? ¿Para qué lo quería?

**“El primer paso hacia el cambio es la consciencia; el segundo es la aceptación”
- Nathaniel Branden -**

A medida que avanzaba, las preguntas eran más y, sobre todo, más profundas. Sin embargo, las respuestas no estaban claras y mi GPS estaba desorientado. Era un inconsciente. Pasaron muchos años antes de saber qué estaba buscando. El proceso tomó tiempo. La transformación no fue inmediata y los resultados llegaron cuando pude transitar y aplicar a mi vida cada una de las enseñanzas que fui descubriendo.

Conocí en el camino a muchas personalidades importantes del desarrollo personal. Es un camino fascinante. ¿Y por qué te transmito que es “*un camino*”? Porque así lo creo y lo practico a diario. Solo terminará el día en que deje de existir físicamente en este mundo. Cada día invierto en mí, busco

mejorarme, estudio, aplico y aprendo. Cada día me siento mejor. Cada día es una nueva oportunidad para impactar en la vida de otras personas. Ese es el camino que elegí recorrer.

A partir de los próximos capítulos, vas a tener la posibilidad de realizar una transformación profunda en tu vida. Todos los pasos son importantes. Al final, al unirlos, podrás descubrir tu propósito, diseñar tu propia vida, elegir tú camino. Pensé este libro muchas veces, infinidad de oportunidades. Lo diseñé en mi mente. Lo dibujé en mis pensamientos. Lo diagramé en papel, con mis manos.

Repliqué el proceso que llevé adelante para alcanzar el éxito. Armé una escalera en la que cada escalón es un capítulo que te permite conocerte y te ayuda a comprender el “*para qué*” de tus decisiones. Llegaste hasta aquí en busca de una guía. Estás en el lugar correcto. Siguiendo cada uno de los capítulos, haciendo los ejercicios, comprometiéndote, estoy seguro y confiado de que vas a lograr transmutar tus sueños al plano físico.

Recuerda lo que mencioné al principio: “*Creo en ti*”. Toma esas tres palabras para marcar tu corazón a fuego y hacerlas tuyas. Cree en ti. Esta escalera que vas a subir contiene preguntas en cada uno de los escalones. Y debes responderlas tú. Son para tu propio descubrimiento y autoconocimiento. Luego, con las respuestas en tus manos, debes ponerte en acción. Aplicar a diario lo que vayas definiendo es el mayor desafío. El movimiento se nota andando, no antes.

Este libro es como una maleta llena de herramientas. No todas son para lo mismo. No todas arreglan el mismo desperfecto. Sin embargo, todas tienen un mismo fin: que logres diseñar tu propio plan de vida, que alcances el éxito (sea cual fuera la definición para ti), que vivas una vida extraordinaria. Que hagas realidad todos tus sueños.

Al principio, te voy a desafiar con preguntas para que tomes consciencia. Es importante que sepas quién eres y hacia dónde quieres ir. ¿Por qué? Porque cuando no somos conscientes de quiénes somos y de cuál es el lugar en donde nos encontramos, lo que perdemos es nuestro sentido de dirección. Es muy fácil perdernos, es muy sencillo tomar cualquier dirección y continuar haciendo esto toda nuestra vida.

Ser consciente es uno de los pasos fundamentales para conectar con la abundancia. Es el primero de los pasos y no es casualidad: es como calibrar el GPS, es como ubicarnos en el mapa del universo antes de comenzar el viaje hacia la abundancia. No hay un destino claro si no se sabe desde dónde comenzar a movernos. Luego avanzaremos hacia nuestro interior.

Allí vamos a descubrir y trabajar sobre nuestra querida autoestima. Es importante dejar en claro que el valor que nos damos, la forma en la cual nos vemos, es nuestra presentación ante el mundo y marca la diferencia a la hora de construir relaciones sanas. En su libro *The Answer, [La respuesta]*, los escritores y empresarios John Assaraf y Murray Smith hablan acerca de los mensajes negativos que los niños reciben al crecer. Escriben:

A los 17 años, usted ha oído “No, no puedes”, una media de 150 000 veces. Ha oído “Sí, puedes”, unas 5.000 veces. Eso supone treinta NO por cada SÍ. Eso hace que la creencia de que “No puedo” sea muy poderosa”.

Según este estudio, podemos afirmar que, en las etapas más importantes de nuestra formación, estamos expuestos a influencias negativas. Esto deriva en personas que no creen en sí mismas. Así es como llegamos a este punto, en el que debemos comenzar a reconstruir nuestra autoestima. Este no es un proceso inmediato y requiere gran compromiso.

Y desde aquí subimos al escalón de la intención. Pueden pasar los años y no suceder absolutamente nada con nuestra programación. Nos volvemos autómatas. Nos limitamos a creer todo lo que vemos y a seguir el comportamiento de nuestros vínculos más cercanos. Somos eternos copiadore de patrones. Entonces, podemos ver ancianos que están en el mismo estado mental desde su adolescencia y jóvenes que evolucionan rápidamente. ¿La diferencia? La intención. Nada ocurre si no tenemos la intención de hacerlo. El desarrollo no es natural, la reprogramación no llega por sí sola.

¡Preguntas, respuestas, análisis y aplicación! Todo cambia cuando tú cambias.

Seguimos avanzando y llega el momento, el gran momento de la reflexión. Aquí es cuando el conocimiento, los fracasos y las vivencias, se convierten en aprendizaje. El conocimiento se transforma en aprendizaje cuando lo aplicamos y sobre todo cuando podemos hacer una pausa y reflexionar sobre eso.

Soy de las personas que tarda muy poco en entrar en acción. Suelo ser muy activo, me pongo en acción y luego voy armando las piezas del rompecabezas a medida que pasa el tiempo y adquiero el conocimiento. Sin embargo, algo que aprendí con el tiempo es la importancia de parar a reflexionar, de hacer un alto en el camino y pasar esa acción a algo que me permita repetirlo o evitarlo.

La herramienta mental más poderosa que poseemos los seres humanos es la reflexión. Sin ella, todos repetiríamos a diario lo que hace un modelo anterior de nuestra especie. Sin ella, no podríamos determinar nunca que fue lo mejor o peor que nos sucedió. Sin ella, seríamos los perfectos autómatas.

“La mente que se abre a una nueva idea jamás regresa a su tamaño original”
Albert Einstein

Ya estamos más arriba, vamos tomando vuelo. Nuestra mente se abre en cada peldaño que subimos. Viene el turno de la constancia. Aquí, vamos a destacar la importancia de la constancia en nuestra programación mental. Aquí pondremos en valor lo que hace gran parte de la diferencia en nuestras vidas: la constancia, la repetición y la perseverancia. Todo eso forma parte de una constante.

Simplemente para graficar lo que les sucede a muchas personas: inician una y otra actividad, sin enfocarse de manera constante. Se rinden ante los primeros obstáculos. Tiran la toalla y buscan nuevas formas de fracasar. Se vuelven adictos al arte de abandonar. Eso es autodestructivo y sobre eso vamos a trabajar en las siguientes páginas. Hasta que llega el momento de ponernos selectivos. Elegir con qué quedarnos y qué dejar ir, definir cómo nos queremos rodear y dónde queremos estar.

“El primer paso hacia el éxito lo da cuando rehúsa ser un cautivo del entorno en el que se encuentra por primera vez”
Mark Caine

Si sabes que tienes que realizar un cambio importante en su entorno, hay algo que debes tener en mente: estar siempre decidido a cambiar tú también al mismo tiempo. Dicen que si pones una calabaza en una jarra cuando es del tamaño de una nuez, crecerá con el tamaño y la forma de la jarra y nunca se hará más grande. Eso le puede pasar también al pensamiento de las personas. No permitas que eso te ocurra a ti.

Nada es casual. Estamos regidos por leyes universales y no importa cuánto hagamos; si no las aplicamos, si las resistimos, solo viviremos sumidos en un mundo lleno de fracasos. Y aquí es cuando debemos preguntarnos: “¿Tengo un plan?”. No puedes modificar tus creencias si no planificas hacerlo, sin armar un plan detallado que puedas medir. Planear Tu Vida Es Ir Hacia El Éxito. Todos planeamos. La planeación es un proceso que se lleva a cabo, inclusive de manera inconsciente, sin importar si son cosas simples o sencillas.

“Si no diseñas tu propio plan de vida, es probable que caigas en el plan de otra persona. ¿Y sabes lo que puede que haya planeado para ti? No mucho”

Jim Rohn

Planear tu vida se trata de construir tu mundo, es saber cuál será el siguiente paso que das, es saber qué hacer para defenderte de los obstáculos que se presenten. Planear tu futuro es poner metas, aceptar desafíos, en especial cuando estos te llevan a lo que deseas alcanzar. Tu plan de vida debe estar enfocado en todas las áreas de tu vida. Así logras el equilibrio que es fundamental para alcanzar metas.

Como eres un ser integral, debes trazar planes para tu vida en los aspectos intelectual, físico y emocional. Si descuidas uno, los otros dos se afectan y tu vida se descompone. Hay un popular dicho que describe a la perfección lo que es la vida: “*Algunos días usted es la paloma; ¡otros días, usted es la estatua!*”. ¿Sabes qué significa? Que nada de lo que hagas va a evitar que en tu camino aparezcan las malas experiencias. Entre otras razones porque, como mencioné antes, son la mayor fuente de aprendizaje de la vida. ¡Necesitamos las malas experiencias!

¿Cómo así?, podrás preguntarte. Porque es una necedad tratar de evitarlas: aparecerán por doquier, todos los días de tu vida, en diferentes manifestaciones. Porque si no aprendes a gestionarlas adecuadamente, te perderás el aprendizaje que incorporan y que es valioso para tu vida. Porque si te obsesionas con ellas, tu vida se convertirá en un terrible círculo vicioso.

En otras palabras, no puedes esperar una vida sin obstáculos, sin malas experiencias. Por si no lo sabes, la mayoría de las personas exitosas, esas que marcan el rumbo de la humanidad, reconocen que hay un hilo conductor que los identifica. ¿Sabes cuál es? Haber vivido malas experiencias, eventos difíciles, que se transformaron en los disparadores que los impulsaron a actuar, a cambiar.

Comprender que la vida que tenemos es una construcción diaria es uno de los principales pasos para poder vivirla de manera equilibrada. Lo hecho, hecho está: no puedes cambiar lo que ya sucedió, pero sí puedes adquirir hábitos y habilidades distintas, puedes tomar decisiones que te permitan llegar adonde quieres ir, puedes realizar acciones que te eviten caer una y otra vez en el mismo lugar.

Entiende, así mismo, que se trata de un proceso, que nada sucede en un instante: superar el dolor siempre lleva tiempo. Entender y aceptar que los resultados que obtenía en la vida estaban determinados exclusivamente por mis creencias, por mis principios y valores, por mis acciones y decisiones, no fue fácil. Pero, igualmente, fue liberador. Si quieres avanzar, lo primero que debes hacer es aliviar las cargas, dejar atrás aquello que te mantiene amarrado al pasado, soltar lo que ya no requieres.

Lo que a veces no entendemos es que cada uno de nosotros es una semilla que vino a germinar en este mundo. Tenemos la posibilidad de elegir dónde plantarnos, si en tierra fértil o en suelo árido. Cosechamos lo que sembramos, esa es una ley de la vida. Lo que hacemos o dejamos de hacer en nuestra vida cotidiana tiene impacto en quiénes somos, en los resultados que conseguimos.

Por eso, primero hay que sembrar adentro para luego cosechar afuera. Si haces lo que necesitas hacer cuando tienes que hacerlo, entonces algún día podrás hacer las cosas que quieres hacer cuando quieres hacerlas. En otras palabras, antes de poder *hacer*, usted debe *ser*. Es una realidad que parece otro trabalenguas, pero no lo es: lo que la gente ve en ti es reflejo de lo que eres.

Puedes ir por la calle con una sonrisa de oreja a oreja, pero eso no engaña a nadie: si eres amargado, si eres intolerante, si eres agresivo, si eres tóxico de varias maneras, esa sonrisa no será más que una mueca postiza y la gente se dará cuenta. En cambio, si en tu corazón hay bondad, hay generosidad, hay honestidad, hay humildad, no importa cómo luzcas: la gente te verá bien.

“SI buscas resultados distintos, ¡no hagas siempre lo mismo!”
Albert Einstein

Si tu interior es un *campo de batalla*; si por tus venas no corre sangre, sino vientos huracanados, tus decisiones y, en consecuencia, tus actos, serán reflejo de ello, es decir, trágicos. Lo que no nos enseñan es que cuando nos enfocamos en el exterior, y despreciamos el interior, cedemos el poder sobre nosotros mismos, nos convertimos en propiedad de otros, perdemos el control.

“*Si mañana no vas a ser mejor de lo que fuiste hoy, entonces, ¿para qué necesitas el mañana?*”. Esta pregunta la formuló el rabino Nachman, de Breslav, ciudad del territorio que hoy conocemos como Ucrania. La pronunció a finales del siglo XVIII, pero no pierde vigencia. ¿Tú qué responderías? ¿Vas a ser mejor de lo que fuiste hoy? ¿En verdad quieres ser mejor?

Durante esa etapa en la que mi vida fue un caos, lo supe después, el principal obstáculo que se interponía en mi camino era que me había acostumbrado a la ley del menor esfuerzo. Dado que en casa lo tenía todo, porque mis padres lo proveían, solo necesitaba pedir para recibir. Luego, cuando me tocó salir a buscar por mi propia cuenta aquello que requería, siempre fallaba.

Aprendí que en la vida tenemos que ser como una cinta de tensión elástica, de esas que utilizan los deportistas en sus entrenamientos o de las que hay también en los gimnasios. ¿Sabes cuál es la principal característica de esos artefactos? Que gracias al material del que están fabricados se estiran más allá de su extensión natural y puedes aplicarles presión sin temor a que se rompan.

Lo bueno de la vida, lo mejor que puede ofrecernos la vida, no está en la zona de confort. De hecho, es un privilegio de quienes se atreven a salir de allí, a los que tienen la valentía de dar el primer paso en procura de sus sueños, de los que superan la mentalidad de mediocridad y renuncian a ser personas *promedio*. Es un premio para los audaces, los osados, los intrépidos.

Lo cierto es que todos tenemos un sueño, al menos uno. Lo cultivamos en el corazón, pero solo unos pocos nos decidimos a ir por él. En ese sentido, el inglés James Allen, reconocido escritor de libros de motivación, dijo: “*Sus circunstancias pueden ser desagradables, pero no seguirán siéndolo mucho tiempo si usted percibe un ideal y se esfuerza por alcanzarlo*”. Categórico.

Lo que sucede es que nos acostumbramos a vivir como si fuéramos un barco atracado en el puerto. ¿Cómo así? Anclados, amarrados. Seguros, pero inmóviles. Por eso, debemos aprender de los que son exitosos y llevar anclas, cortar las amarras, elevar las velas y disponernos a navegar, a disfrutar la aventura con sus riesgos, con nuestros miedos, hasta llegar a otro puerto.

Piensa en una meta que te impusiste, algo que te apasionaba, una situación que enfrentaste con decisión, con convicción, en la que sobrepasaste tus límites y te *estiraste* hasta descubrir una nueva dimensión. Estoy completamente seguro de que ese es un grato recuerdo de tu vida, uno de esos momentos de los cuales te sientes orgulloso, uno de los que forjaron tu carácter.

Cuando tú eliges que tu estilo de vida es *estirarte* y superar tus límites continuamente, le vas a encontrar sentido a la vida, a cada parte de tu vida por pequeña e insignificante que sea. De lo contrario, te transformarás en un zombi, en un muerto viviente: tu cuerpo está vivo, tu corazón late, tu cerebro funciona, pero estás muerto para lo mejor de la vida, para las oportunidades.

¿Te atreves a ir por lo extraordinario que la vida tiene reservado para ti? ¿Estás dispuesto a *estirarte* un poco más con tal de conquistar tus sueños? En la medida en que te arriesgues a *estirarte* más, la semilla que hay en tu interior comenzará a dar fruto en tu vida y luego se extenderá a la vida de quienes te rodean, de quienes son alcanzados por tu impacto.

El científico y filósofo alemán Georg Christoph Lichtenberg, que vivió a finales del siglo XVIII, nos dejó esta genial frase: “*El primer paso en la sabiduría es cuestionarlo todo, y el último paso es aceptarlo todo*”. La cara y cruz de la realidad, los polos opuestos: pasamos de esa etapa en la que queremos aprenderlo todo a una en la que estamos convencidos de que ya lo sabemos todo.

Ese, sin duda, es uno de los errores más graves que cometemos los seres humanos: imponemos límites que nos impiden crecer, que nos cortan las alas. ¿Y sabes cuál es el resultado de esta actitud? Que se frena en seco nuestro desarrollo. Cuando dejamos de aprender, ya no podemos avanzar hacia lo que deseamos; nuestros sueños se frustran y nos llenamos de dolor y rabia.

Es el momento, también, en el que la vida nos brinda una magistral lección. ¿Sabes cuál? Nos regresa a la edad de los por qué. “¿*Por qué me sucede esto a mí? ¿Por qué otra vez la misma historia? ¿Por qué fallé otra vez? ¿Por qué no puedo ser feliz?*”, y otras más que, seguramente, tú conoces bien. Volvemos a la etapa de las preguntas, pero ya no por curiosidad, sino por dolor.

Si en algún momento de la vida te sientes estancado, si te das cuenta de que no avanzas hacia tus sueños, si ves que estás suspendido en el tiempo, comienza a preguntar. ¿Por qué?, ¿desde cuándo?, ¿cómo salir de esta situación? Explora, cuestiona, evalúa lo que haces y cómo lo haces y verás que tu mente, poderosa y traviesa como es, se iluminará y te ofrecerá respuestas increíbles.

Entiende, además, que si la vida no te ofrece respuestas es, sin duda, porque no estás formulando las preguntas adecuadas. Es decir, porque no eres lo suficientemente curioso o, quizás, tienes miedo de las respuestas que puedes obtener. De cualquier forma, la única estrategia efectiva para avanzar, para crecer, para conseguir lo que desees, lo que sea, es ser curioso, preguntar, aprender.

Recupera a ese niño que llevas en el corazón. ¿Lo recuerdas? El inquieto, el curioso, el que quiere absorber todo el conocimiento posible, el que no cesa de preguntarse ¿por qué? Sigue el consejo de Richard Thalheimer, fundador de The Sharper Image (productos electrónicos para el hogar): “*Es mejor parecer poco informado que estar poco informado. Doblegue su ego y siga haciendo preguntas*”.

Eso significa, de la misma manera que lo hacen los niños, romper los esquemas, soltar las amarras, perder el miedo al ridículo, salir del molde, abandonar la zona de confort. Dolerá, con seguridad, y quizás te enfrentes a situaciones incómodas, pero el desafío valdrá la pena si consigues superarlo, te lo garantizo. Si el plan A no funciona, activa el B, y luego el C, y así sucesivamente hasta el Z.

Voy a hablarte de algo que no suelo compartir en público, una confesión, acerca de la experiencia que marcó mi vida. Fue la más dolorosa y, también, la más extraordinaria y transformadora. Fue cuando toqué fondo después de caer una y otra vez, de fracasar una y otra vez, de tropezar con la misma piedra una y otra vez. Ya casi perdía la esperanza y tiraba la toalla, pero algo increíble ocurrió.

Había llenado mi cerebro de creencias limitantes, de basura mental, y por eso no podía darle vuelta a la situación, por eso estaba atrapado en un círculo vicioso. Me había dedicado a reproducir el proceso de fracaso de mis antepasados, una pesada lápida que estaba acabando conmigo. Y no podía liberarme de ella porque en mi cerebro vivía la idea de que *estaba bien*.

Me di cuenta de que cuanto había aprendido hasta entonces de nada me servía. Era un borrón y cuenta nueva, literalmente. Toda esa información era basura, literalmente. Había que resetear, reprogramar mi mente, desaprender y volver a aprender, pero esta vez con la información y el conocimiento adecuados. Además, tenía que cambiar mi forma de pensar, mi forma de actuar.

Quizás conozcas a alguna persona, alguien de tu familia, que trabaja duro, muy duro, y no puede lograr lo que se propone. Asume más responsabilidades, cede más control sobre su vida y trabaja duro, pero no avanza. Es una triste historia, la historia de vida de miles de personas en el mundo, gente buena que trabaja y trabaja, pero no recibe la recompensa que desea. ¡Es una tragedia!

Gracias a las enseñanzas de mis mentores y al conocimiento que adquirí, supe que *más esfuerzo* no significa *mayor eficacia*. ¿Me entiendes? El problema radica en que le damos mayor valor a cómo lo hacemos que a lo que obtenemos. ¿Sabes por qué? Porque desde niños nos inculcan que debemos *hacer muchas cosas*, cuando deberían enseñarnos a hacer *las cosas correctas*.

¿Sabes cuál es la diferencia? Que las *cosas correctas* son las que nos permiten llegar adonde queremos estar, porque son las que funcionan, las que dan resultado. En el papel quizás sea comprensible, pero no es tan fácil de llevar a la realidad por las creencias limitantes. Nos graban en la mente el *¿puedo?*, cuando lo que en verdad necesitamos aprender es *¿cómo puedo hacerlo?*

La lección, amigo mío, es que, si no superas tus límites, no creces. Si no creces, es como si estuvieras muerto en vida. Deja de insistir en la misma fórmula que jamás te ha dado resultado y busca otras formas, nuevas maneras, distintas estrategias. Siempre hay una que funciona. No es que *no puedas hacerlo*, solo que aún no encuentres *cómo hacerlo* y crees que *no puedes*.

**Es el momento de cambiar tu rutina. Solo así podrás llegar a buen puerto. Debes desplegar las velas y cambiar de rumbo para poder conocer nuevos mares. No hay otra forma.
¡Bienvenido a la aventura!**

**[ADQUIERE AQUÍ LA VERSION COMPLETA JUNTO CON LAS
MEDITACIONES GUIADAS TRANSFORMACIONALES](#)**

Programa TÙ Riqueza

By METODO ALFA

¿Vives plenamente o estás programado para fracasar?

1 – CONSCIENTEMENTE

El primer paso hacia el cambio es la consciencia, el segundo es la aceptación (“Nathaniel Branden”)

Si no sabemos en donde estamos, es imposible encontrar la dirección hacia dónde queremos ir.

2 – INTERIORMENTE

Mirar hacia adentro, reconocernos y darnos valor para impulsar nuestro desarrollo.

3 - INTENCIONALMENTE

Nada ocurre si no tenemos la intención de hacerlo, el desarrollo no es natural, la re-programación no llega por sí sola

4 - REFLEXIVAMENTE

El conocimiento se convierte en aprendizaje cuando lo aplicamos y sobre todo cuando podemos hacer una pausa y reflexionar sobre eso.

5 - CONSTANTEMENTE

Si no logras ser consistente, ningún cambio o mejor se sostiene en el tiempo.

6 - SELECTIVAMENTE

Elegir con que quedarnos y que dejar ir, definir como nos queremos rodear y donde queremos estar.

7 - PLANIFICADAMENTE

No puedes modificar tus creencias si no planificas hacerlo, armar un plan detallado que puedas medir.

8 - EQUILIBRADAMENTE

Es necesario encontrar el equilibrio mental para continuar avanzando.

9 - POSITIVAMENTE

Nuestra actitud ante la adversidad es la que marca la diferencia.

10 - CÓMODAMENTE

Desafiar los límites de nuestras creencias es fundamental. La mente deja de desarrollarse cuando siente que ya alcanzo sus objetivos.

11 - CURIOSAMENTE

Preguntarnos ¿Para qué? nos brinda una posibilidad de analizar nuestras futuras acciones.

Preguntarnos ¿Porque? nos ayuda a comprender como llegamos a donde estamos.

12 - COMPENSIVAMENTE

Comprender, entender, ser compasivos y solidarios, ser atentos con los demás. Cada ser humano está haciendo lo que puede con los recursos que tiene, trabajar sobre nuestros prejuicios y eliminarlos, nos acerca a nuestros afectos.

¿Vives plenamente o estás programado para fracasar?

Copacocha se les llamaba a los sacrificios que llevaban adelante los incas. Eran niños a los que elegían y les daban coca y chicha durante meses para que fueran más dóciles y luego los llevaban a la cumbre del volcán cerca de la capital, Cuzco, para sacrificarlos. Más trágica aún es la historia de los aztecas, que sacrificaban a más personas que los incas y lo hacían incluso de manera más violenta. Estas dos culturas realizaban estas actividades para calmar y complacer a los dioses, a los que ellos creían que les debían la vida y la abundancia de cuanto recibían.

Cuando era muy chico, allá por mis 5 años, tenía la costumbre de pararme en medio del patio de mi casa paterna, semidesnudo, estaba convencido de que los árboles, los pájaros y los seres vivos podían responder a mis pedidos. Pensaba que lograba mover los árboles, a veces con ayuda del viento, otras veces con la de algún pájaro que se paraba en la rama que yo le pedía. Mi mente me decía que era posible hacer esto y, por lo tanto, mi creencia se mantenía intacta.

Un día, mi padre me vio haciendo esto y me dio unos cuantos golpes, pues desde sus creencias era raro ver a uno de sus cinco hijos haciendo este tipo de locuras”. Recuerdo aquel día como si fuera ayer: sencillamente, no entendí qué pasaba y en ningún momento creí hacer algo malo o que generara dolor a otro ser. Lo cierto es que dejé de hacer aquellos rituales. Eran peligrosos para mi salud y tampoco tenían un objetivo más allá que el de sentirme poderoso, creer que estaba conectado con todo. No tenía sentido ponerme en riesgo y definitivamente lo abandoné.

Ese sería el primero de los *sacrificios* que estaba dispuesto a hacer para encajar en mi familia, pero no el último. Ese mismo año comencé la escuela primaria y con ella también vinieron los horarios, las rutinas para estudiar, los nuevos vínculos y un cúmulo de supuestas obligaciones. Tenía que respetar las opciones que habían elegido para mí, no existía algo por fuera de la planificación que mis padres habían realizado, primero para mis hermanos mayores y luego para mí y mi pequeña hermana menor. Todos debíamos seguir las reglas (muchas) porque de esa forma, según ellos, podríamos llegar a ser personas exitosas y abundantes para financiar la forma de vida que deseáramos en el futuro.

Mi creatividad, mi imaginación, mis ganas de soñar y aquello que tuviera que ver con escribir mi propio libreto era sistemáticamente destruido. Así lo veía y lo sentía. Me resistía y eso me generaba llamados de atención y constantes diferencias con mis padres: era un niño problemático para el mundo. La escuela primaria pasó (no fue gran cosa), disfruté mucho actuar en el escenario y divertirme. El resto lo hice porque tenía que hacerlo, alcancé siempre la calificación necesaria para avanzar al siguiente grado.

Luego vino la secundaria y obviamente las situaciones seguían el curso de lo esperado. Si bien me resistía y generé varios problemas familiares, cambios de instituciones educativas y la costumbre de romper las reglas establecidas, la pasé, pasé esa etapa sin sobresaltos. Más bien, me divertí al conocer personas que luego se convirtieron en mis más fieles amigos. Recuerdo esta como una gran etapa de investigación. No la recuerdo de manera placentera, sí con buenos momentos, algunos felices claramente, pero en el acumulado tengo más imágenes negativas que positivas. No la pasé bien.

Y es justo en este punto en el que se juntan las historias de los incas, los aztecas y la mía. Puede parecer extremista, pero no lo es. Tanto aquellas culturas milenarias como la que me vio nacer estaban programadas con creencias, todas hacían sacrificios y el caso de mi familia no era tan diferente. Mis padres creían que debían sacrificarse y que sus hijos, mis hermanos y yo, debíamos seguir un sinnúmero de reglas preestablecidas para alcanzar el éxito. Así como los incas, así también como los

aztecas, era necesario llevar a cabo rituales para alcanzar la abundancia. Y visto desde la perspectiva de cada cual, era lógico y normal.

Había terminado la secundaria y estaba listo para comenzar una carrera profesional, pero todo cambió de repente. La empresa familiar, la que comandaban mis padres, entró en un proceso previo a la quiebra y su derrumbe se llevó también el prestigio del apellido. La situación se complicó cada día más porque todos cumplíamos alguna tarea en la empresa. Mi padre nos había sumado desde muy chicos y, por lo tanto, no era solo una quiebra normal: también se llevó puesta a la familia y los sueños que algún día habíamos tenido, colectivos e individuales.

A medida que pasaba el tiempo, noté cómo se deterioraba todo: la salud de mis padres, las relaciones, desaparecían los amigos, se alejaban los conocidos y cuando llegaba a cualquier lugar, veía que las personas dejaban de hablar y me miraban con cara de lástima algunos y de odio, otros. ¿La razón? En la empresa de mi familia habían invertido dinero muchas personas de la ciudad donde vivo y el suceso se había convertido en un escándalo. Los comentarios eran tan diversos, que las historias se propagaban por los medios: salimos en los diarios, nos llegaron avisos de juicios, reclamos y también agresiones de personas que ni conocía. El proceso más destructivo que conocí en el ámbito empresarial, había comenzado.

En el momento de iniciar este proceso, en la empresa trabajaban 31 personas. Eran 31 familias que de a poco perdieron sus puestos de trabajo y, junto con ellas, también nuestra familia perdió los bienes que poseía. No fue de un día para el otro, sino un proceso de varios años muy dolorosos. Dos años más tarde, mi padre me notificó el inminente final y me dijo que era el momento de salir a buscar un trabajo en otro lado. Nunca le cobré un peso a mi padre por el trabajo que hice, pues creía que debía hacer el sacrificio de trabajar duro por nada y aprender lo que es la vida. Así, entonces, a mis 17 años estaba con una gran mochila llena de piedras que, con el paso de los días, se hacía más pesada.

La situación no era cómoda, así que empecé a planificar mi salida de la ciudad, buscar otros rumbos y comenzar desde cero. Dos de mis tres hermanos mayores ya lo habían hecho y me parecía que era la mejor opción. Sin embargo, mi abuela paterna me llamó y me pidió que pensara de qué forma podía crear algo, un emprendimiento para generar recursos y sostener a mis padres en el momento en que definitivamente la empresa dejara de funcionar. Viéndolo hoy, fue una de las piedras más pesadas que cargaron sobre mi espalda: solo tenía 17 años y mi mente estaba llena de culpa, con la angustia de ver a mis padres cayendo día a día y sin saber para dónde salir. Fue lo más triste que viví, porque todo era negativo.

Todavía no recuerdo si fue su idea o la mía, no es importante, pero luego de conversar con mi abuela decidí abrir mi propia empresa de turismo, ¡exactamente el mismo rubro de la empresa familiar! Claramente, no hice muchos análisis, no tenía la mente fresca, ni muchas ideas fabulosas para crear algo nuevo e innovador. ¡Tenía tan solo 17 años y acababa de terminar la secundaria! No cuestioné nada y solo comencé a trabajar con la ayuda financiera de mi abuela. Creé mi pequeña empresa de turismo, invité a mi hermana mayor que estaba tan aturdida como yo, y juntos arrancamos. ¡Terrible comienzo!

Al principio solo entraban personas enojadas con mi familia. Ahí los conocí a todos y a cada uno, algunos solo entraban para agredirme: me escupían, me decían unas cuantas barbaridades y se ponían violentos con los tótems o los escritorios. Cero clientes y, mucho menos, ¡ingresos! Como no sabía prácticamente nada de turismo, me puse a ofrecer mis habilidades en otros ámbitos para solventar los gastos y evitar que nos cortaran la energía o la línea telefónica.